

GEDEON es el periódico de menos circulación de España

# GEDEÓN

Diputado á Cortes por Madrid

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS JUEVES  
DIEZ CENTIMOS el número  
ADMINISTRACIÓN  
Fuencarral, 23, primero

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre. . . . .	1,50 pesetas.
Año. . . . .	6 —
Provincias y Portugal, tri- mestre. . . . .	3 —
Año. . . . .	8 —
Número atrasado. . . . .	0,25 —
25 ejemplares. . . . .	1,50 —

AÑO IV

Madrid 24 de Febrero de 1898

NÚM. 120

## LA VOLADURA



GEDEÓN.—Aquí tienen ustedes al verdadero culpable.

# Jueves de Gedeón

—¿Estuviste en el Prado, amigo Gedeón, el primer día de Carnaval?  
 —Sí estuve, querido Calínez.  
 —¿En carroza?  
 —A pata.  
 —¿A pata? Parecerías uno de los candidatos encasillados.  
 —Perdona, me faltaban otras tres.  
 —¿Cómo otras tres?  
 —Sí, otras tres condiciones. Primera, que yo fuese a solicitarlo de Sagasta; segunda, que éste me hiciera caso, y tercera, que fuera yo tan negado que no hubiese en el partido liberal quien pudiera afirmarse en mi puesto.  
 —¿Todo eso se necesita para que le encasillen a uno?  
 —Todo eso y la cuarta pata.  
 —¿Sabes tú que los diputados de la mayoría se van a parecer a las nueces?  
 —Sí; ya son nueces contadas. Sagasta las tiene apuntaditas en su célebre libro de la siguiente manera:  
 Primera nuez.—Tiene las cuatro.  
 Segunda idem.—Idem.  
 Tercera idem.—Idem.  
 Cuarta idem.—Idem.  
 Quinta idem.—A las oposiciones.  
 —¿Esa parece la candidatura por Madrid?  
 —Hombre, no; yo no distingo de provincias.  
 —Lo mismo le pasa a Capdepón. Cree que Linarens sigue en el ministerio de Fomento, y acercándose misteriosamente al conde de Xiquena le dice: «Linarens, ¿ha visto usted hoy a esas niñas?»  
 —¿A qué niñas?  
 —A las niñas de los ojos... del uniforme de ministro.  
 —¿Toma, toma! También las tienen ahí. ¿Pues ya sé por qué tardan tanto en los Consejos!  
 —Nada de eso, Gedeón; ahora se ocupan del *Maine*. En el último Consejo que celebraron dijo Sagasta: «Figúrense ustedes que yo soy un buzo», y desapareció debajo de la mesa.  
 —Cuando volvió a la superficie sacaba una credencial para un pariente.  
 —No, hombre; sacaba la persuasión de que Moret sigue ocupándose de las reformas cubanas, porque acababa de pisarle un callo a D. Pío, quien vio todas las estrellas del Gabinete insular.  
 —Ya se las hemos visto todos a Govín. Y propósito de Gabinete y de estrellas. ¿Qué se hizo de aquel médico americano por más señas que estuvo en Madrid una temporada y adquirió cierto renombre?  
 —¿Cuál? ¿El de la tenia?  
 —El mismo.  
 —Creo que está en Bilbao. ¿Qué le quieres?  
 —Yo nada. Enviarle a la Habana para que reconozca a algunos ministros y vea si la tienen.  
 —¿La solitaria?  
 —Esal.  
 —¿Qué idea, Gedeón! Ni que hubiesen abusado del cerdo como tú pensabas hacerlo en tu malograda carroza.  
 —Es que a mí, Calínez, ningún yankee me pega la solitaria; pero a ciertos cubanos... ¡Vamos, que el doctor Rodríguez (creo que se llamaba el doctor Rodríguez) podría ir por las calles de la Habana diciendo a diestro y siniestro: «¡Usted la tienen!»  
 —No tanto, Gedeón, no tanto. Sobre todo los ministros seguramente no.  
 —¿Y por qué no?  
 —Porque siquiera alguno de ellos hubiera echado la cabeza, y hasta el presente no se ha visto en el Gabinete insular cabeza ninguna.  
 —Eso no deja de convencerme. Pero en ocasiones salen varas y más varas y la cabeza no parece.  
 —Reconozco que algún general ha abusado del cable sin que se distinguiese su cabeza; pero esas, Gedeón, son excepciones. Sobre todo, no hablemos más de la solitaria. Me parece estar viendo a la isla de Cuba en un frasco autónomo. ¡Sólo eso nos faltaba! Hablemos de cosas alegres. Volvamos al Carnaval. ¿Qué carroza te gustó más?  
 —La de las Vestales guardadoras del fuego inextinto. Con él a varias de ellas.  
 —¿Quiénes eran?  
 —Las bombas del servicio de incendios de Madrid; son las que mejor lo conservan.  
 —Y el palanquín de Cleopatra ¿qué te pareció?  
 —Traducido por Sellés; iba rodeado de Guerreros.  
 —Llevarían sables de contaduría. ¿Y a ti te gustaron las Vigas?  
 —Muchísimo; pero las había visto ya en el ojo de un esteta. Y el Baco ¿qué efecto te hizo?  
 —Superior. Un Baco sobre Cuba; como si dijéramos, otra explosión del *Maine*. De las carrozas particulares ¿cuál te agradó más?  
 —La del distrito que le han dado al conde de Garray.  
 —¿Dí la de la cuna.  
 —Es lo mismo.  
 —Pues mira que la silla de postas del marqués de Tovar también estaba lindísima.  
 —Ya lo creo una silla de postas cubierta de flores para ir a Tolosa a que le revienta al postillón un

carlista. El excelente Rodrigo Figueroa tuvo una felicísima idea. También me gustó mucho la casa en construcción de los alumnos de la escuela de Arquitectura. Se parecía al Gobierno cubano. Las mascararas que la ocupaban echaban serrín.  
 —Se les habría descosido Dolz.  
 —¿Viste la paleta con colores de *Blanco y Negro*?  
 —La ví y me recordó por lo de paleta y por lo pintada a Maria Tubó en el papel de Madame Sans-Gené. Estaba muy propia.  
 —Cómo que los busyeros que conducían la carroza iban vestidos de tubós de color no traducidos todavía por Palencia.  
 —En suma, que el primer día de Carnaval resultó animadísimo. Qué, ¿entio, qué barullo de coches en ausencia de toda organización. La batalla de flores parecía dirigida por un general en jefe de los que han estado en Cuba. Jamás ví desbarajuste igual. El conde de Romanones puede estar satisfecho de su obra. Todo el mundo anduvo en un pie ¡y gracias!  
 —En cambio el concurso de ciclistas del día siguiente estuvo muy bien organizado. El primer premio se lo llevó como tú no ignoras una boda en *tandem*.  
 —Que inmoraldad ¡premiar a dos recién casados que pedalean en público!  
 —Pues ahí tienes. Les largaron cien pesetas por ese record.  
 —¿Así cualquiera se casa! Ello es, que estos Carnavales nos han venido de perlas para no acordarnos de lo que ocurre en Cuba. Sabrás, Calínez, que los autonomistas andan ya allí a la greña y que Giberga parece ser quien a la postre cortará el bacalao?  
 —Caramba, ese Sr. Giberga tarda en llegar, pero cuando lo hace es con daño. Demoró cuanto pudo el venir a Madrid. Vino, y vino disfrazado, más en cuanto llegó, si bien con narices postizas, se metió al ministro de Ultramar en el bolsillo. Después le quisimos largar a Cuba y el se hacía el remolón. Arranca por fin, llega a la Habana y apenas arriba se merienda a los ministros insulares. Es una especie de Herodes de ministros. ¡Giberga con Gibergal Y de lo del *Maine* ¿qué?  
 —Parece que los yankees se van ya convenciendo de que el desastre obedeció a un accidente fortuito. Sin embargo, algunos periódicos norte-americanos sostienen aún que la bahía de la Habana está llena de minas.  
 —¿Qué ha de haberlas si pasó Weyler por allí y no ocurrió nada!  
 —Eso digo yo; de todos modos han arriado en el palo del buque naufragado la bandera de estrellas.  
 —¿Hace tiempo que los yankees están con nosotros así, Calínez; el casco hundido y el palo en el aire! Bueno, pues ese palo que asoma amenazador frente a la Habana, al fin y a la postre se lo tragará el mar! ¡Achíss!  
 —¿Has estornudado Gedeón? ¡Dios te oiga!

## LA SARDINA DE CUBA

Con música y con baile,  
 borrachos de alegría,  
 van Don Segis, Don Práxedes, Don Pío  
 a enterrar la sardina.  
 Ya cantan y loquean  
 cual mozuelos alegres,  
 ¡qué felices, qué gayos van don Pío,  
 don Práxedes, don Segis!  
 ¿Véis? Al Canal se llevan  
 la sardina cubana:  
 regalaron la carne a los mambises  
 y a nosotros... las raspas.  
 Don Práxedes se muestra  
 contento y confiado.  
 ¡Ya Govín en sus cartas le da bombos  
 y ya le elogia Máximo!  
 A Pío lo del *Maine*  
 le tiene contentísimo  
 porque ahora se va a ver cuanto nos quieren  
 los Estados Unidos.  
 Don Segis, la armonía  
 viendo de los autónomos  
 y el triunfo de Giberga sobre Gálvez,  
 sobre Dolz y Montoro,  
 está loco de gusto,  
 y aún dice a Ariño chistes,  
 puesto que no han pasado ni dos meses  
 y ya hay en Cuba crisis.  
 Lo cual prueba que el régimen  
 funciona a maravilla  
 ya que en Cuba regañan los ministros  
 igual que en la Península.  
 Por eso las tres mascararas  
 van dando grandes voces  
 al Canal, donde entierran la sardina,  
 cantando el gori-gori.  
 Y el pueblo que los sigue  
 también está contento,  
 que al pueblo en estos días le entusiasma  
 todo lo que es camelo.  
 No hay para que apurarse,  
 vámonos al Canal,  
 y dejemos en paz al *Montgomery*  
 y a Gutiérrez Sobral.  
 Bailemos y cantemos  
 al son del organillo;  
 Ferreras, dale vueltas al manubrio;  
 toca el schotis *Los vivos*.  
 La sardina de Cuba  
 retrazando entorremos.

¿Quién dijo guerra? Calle el mentecato:  
 que habrá paz... y cuneros.  
 Y si nuestros amigos  
 los yankees se enfurruñan,  
 ya para lo que falta, les daremos  
 la sardina y la Cuba.

## SU EXCELENCIA NO RECIBE

En el ministerio de Estado  
 —Diga usted a D. Pío que deseo verle.  
 —Dice que no está para nadie.  
 —Dígale usted que vengo de la embajada de Austria.  
 —Dice que ni por esas.  
 —Dígale usted que soy de Astorga.  
 —Dice que ¡atrás, paisano!  
 —Dígale usted que le traigo pomada húngara para los tufos y para los bigotes.  
 —Dice que gracias.  
 —Dígale usted que ¡soy un buzo!  
 —Dice que pase usted.  
 En la Alcaldía  
 —¿El señor conde?  
 —No está visible.  
 —El caso es que tengo que hablarle con urgencia.  
 —Con urgencia puede usted hablar cuanto guste; pero ¡lo que es con el señor alcalde!  
 —Tenía que darle noticias importantísimas acerca de los consumos.  
 —Pues tengo orden de que no pase nadie.  
 —También le traigo nuevas de Guadalajara.  
 —Lo siento mucho; pero no puedo pasarle ningún recado.  
 —Y sin embargo, tengo papeles muy importantes, importantísimos para el señor conde de Romanones.  
 —¿Qué papeles son esos? ¿Se puede saber?  
 —Sí señor; ¡serpentina!  
 —Pase usted, hombre de Dios, pase usted enseñada; ¿por qué no ha empezado usted por ahí?  
 En Gobernación  
 —¿Está don Trinitario?  
 —Sí señor; pero como si no estuviese.  
 —Necesito hablarle.  
 —Siento decir a usted que viene en mala hora.  
 —Soy candidato oficial por el distrito...  
 —¡Menos! Ha dado orden de que no entre ningún candidato.  
 —¿Por su madre de usted! Mire que me causa un horrible perjuicio.  
 —Perdone usted, pero la orden es terminante.  
 —¡Triste de mí! Creo que empiezan a saltarse las lágrimas.  
 (*Tilín, tilín! Llama el señor ministro.*)  
 —¿Quién hay allá afuera?  
 —Un posma que se empeña en ver a vucencia.  
 —¿Le ha dicho usted que no recibo?  
 —Sí señor; pero parece que no se conforma.  
 —Pues ¿qué hace?  
 —Está haciendo pucheros.  
 —¿Pucheros? ¿Que pase enseguida ese hombre!  
 En la Presidencia  
 —¿Don Práxedes?  
 —Imposible verle; venga usted a otra hora.  
 —Ha de ser esta misma tarde.  
 —Ni pensarlo. ¡Aunque fuera usted el mismo mister Woodford!  
 —Mire usted que se trata de un asunto interesantísimo para el presidente.  
 —¿Algún telegrama cifrado?  
 —Nada de telegramas.  
 —Pues entonces ó largúese usted ó espere sentado.  
 —Bajo mi responsabilidad, entre usted en el despacho de D. Práxedes y dígame que ha venido un dependiente del bazar X.  
 (*Entra mohíno el portero y sale al momento muy alegre.*)  
 —Dice el señor presidente que si trae usted el juguete para el niño, que pase enseguida.  
 En Ultramar  
 —Pásele usted esta tarjeta al señor ministro.  
 —Está dictando.  
 —Precisamente por eso; ¡pásele usted!  
 —Cuando dicta Su Excelencia es una fiera y no podemos interrumpirle.  
 —No tema usted; yo se lo fío. Llame usted aparte a D. Segismundo y dígame usted que yo soy el único hombre capaz de arreglar eso de la izquierda autonomista.  
 —Bien; pero...  
 —Repito que nada tema usted; dígame eso y entregue usted la tarjeta.  
 (*Don Segis recibe el recado, lee la tarjeta, levanta las manos al cielo y hace que al recién llegado se le abran las puertas de par en par.*)  
 En la tarjeta dice lo siguiente:  
 «Lucas Gómez.—Taquígrafo zurdo.»  
 En Marina  
 —¿Quién diablos habla con usted que no me deja trabajar con sosiego?  
 —Es un importuno que se empeña en ver a vucencia. a pesar de las órdenes que le he comunicado.  
 —Que espere.  
 —Eso hace. Se ha sentado con nosotros y está entretenido haciendo pajaritas de papel.

otra  
 jarit  
 resu  
 PEN  
 Al  
 por  
 Lag  
 La  
 Es  
 Padr  
 Su  
 crito  
 Anto  
 De  
 ser g  
 Y  
 opér  
 La  
 preñ  
 belle  
 Un  
 K en  
 ¡Co  
 rita e  
 Y d  
 que p  
 Y a  
 Ust  
 ¡Com  
 sin en  
 much  
 ¡Pe  
 Aqu  
 cha l  
 quess  
 ¡Y  
 nos r  
 de ell  
 Ahí  
 rrespo  
 Lea  
 baile:  
 «La  
 admir  
 Señ  
 drid e  
 Ade  
 bajad  
 hermo  
 No  
 pero i  
 Los  
 za. Ar  
 ¡Y  
 Señ  
 cursis.  
 El a  
 núan,  
 la Cre  
 Cuan  
 marqu  
 Qué  
 Cristol  
 ¡Cua  
 ¡Cuand  
 de Vill  
 Cuan  
 nica s  
 dura.  
 Allá  
 Un p  
 Junt  
 Es d  
 de Pida  
 Ante  
 Noé. Y  
 por las  
 Cuan  
 y el Mo  
 (Peri  
 Campo  
 Cuan  
 primer  
 que tre  
 Cuan  
 periódic  
 ¡En la  
 Cuan  
 Esteban  
 Cuan  
 claro.  
 Y bas  
 ¡Ento  
 Ande  
 La Sr  
 Despu

—¡Hombre! Pregúntele usted si no sabe hacer otra cosa.  
—Sí señor, sí; ¡vaya si sabe! Una vez hecha la parajita la coje, la dobla y hace un barquito.  
—¿De veras?  
—Sí señor, de veras.  
—Que pase ese gran patriota y traiga usted una resma de papel de hilo.

PENSAMIENTOS Y REFLEXIONES DEL CHICO DE GEBRÓN

Al baile de la Embajada de Italia, llamado no sé por qué de las cabezas, asistió la marquesa de la Laguna, representando a la Creación.  
La primera, como es sabido, se hizo en siete días. Esta segunda vez ha tardado un poquito más el Padre Eterno.

Su amiga y copartícipe de ingenio, la eximia escritora señora Pardo Bazán, fué vestida de María Antonieta.

De María Antonieta bastantes años después de ser guillotizada.

Y habiendo tomado antes de sufrir esa delicada operación el chocolate de Matías López.

La marquesa de Squilache iba de negro. Se comprende, este color sienta muy bien á su espléndida belleza.

Una distinguida señorita representaba, según dice K en su crónica del *Heraldo*, un hermosísimo pavo. ¡Con cuánto gusto se encontraría la aludida señorita en la simpática edad de su disfraz!  
Y de otras señoras no dice K en su crónica más que *poudures*. ¿Qué será eso? ¡Bueno, *poudures*!

Y ahora, señor K, dos palabras:  
Usted es persona de talento y escritor de mérito. ¡Como que se rompió usted una pierna y continuó, sin embargo, escribiendo! Cosa que no podrían hacer muchos revisteros.

¡Pero por qué abusa usted de las descripciones? Aquí nos conocemos todos y los plebeyos (á mucha honra), vemos también á las duquesas, marquesas, condesas, etc.

¡Y si usted nos viese á nosotros de qué manera nos reimos cada vez que usted readjetiva á varias de ellas!

Ahí tiene usted á su colega y sucesor en *La Correspondencia de España*, el excelente señor Fabricio. Lea usted alguna de las cosas que dice del mismo baile:

«Las mujeres más hermosas de Madrid estaban admirablemente vestidas.»

Señor Fabricio, las mujeres más hermosas de Madrid estarán más admirablemente de otra manera.

Además ¿usted cree sinceramente que en la Embajada de Italia se encontraban las mujeres más hermosas de Madrid?

No regateo hermosuras ni las discuto siquiera, pero ¡Fabricio, en el mundo hay más!

Los cuarteles no significan necesariamente belleza. Antes significaban sublevaciones.

¡Y ya con los años ni eso!

Señores revisteros de salones, no sean ustedes cursis.

El siglo XIX se está acabando y ustedes continúan, no á principios de siglo, sino á principios de la Creación.

Cuando el mundo era una inmensa laguna ¡sin marquesas siquiera!

Qué miles y miles de años. ¡Cuando oía Monte-Cristo!

¡Cuando aprendió italiano el conde de Chestel!

¡Cuando tuvo sus primeros cinco duros el marqués de Villamejor!

Cuando estrenó cierta alta, simpática y flarmónica señora un vestido verde Nilo, que todavía le dura.

Allá en la noche de los tiempos.

Un poco más allá de Rada y Delgado.

Junto al caos.

Es decir, cuando Dios se enredaba en las barbas de Pidal y Pidal en las de su Altísimo Pariente.

Antes de que los yankees entraran en el Arca de Noé. Y el gobierno liberal prohibiese su exhibición por las calles de Madrid.

Cuando no se veía de Aguilera más que la calva y el *Moncayo era roca submarina*.

(Perdón por la cita, querido y eminente maestro Campoamor.)

Cuando el conde de Morphy empezó á escribir su primera crónica musical y no llevaba dormidos más que tres violines.

Cuando no existía *La Epoca*, decano de nuestros periódicos.

¡En la época antes de *La Epoca*!

Cuando era periodista y no era conde el conde de Esteban Collantes.

Cuando Fernán Flor se encargó su primer terno claro.

Y basta con este terno. ¡*Parbleu!*

¡Entonces!!

Ande el movimiento:

La Sra. Guerrero no se contenta ya con ir á París. Después irá á Londres.

¡Ya me había á mí parecido que su tan anunciada *tournee* dramática terminaría entre ingleses!

De un libro de Historia que estoy escribiendo.  
P. ¿Recuerda usted las invasiones de España?  
R. Sí señor, recuerdo la de los iberos, la de los celtas, la de los fenicios, la de los griegos la de los romanos...

P. Basta. ¿Cuál fué la última invasión de España?  
R. La de la presidencia de la Diputación provincial.

Mi hermanito se ha examinado hace pocos días de matemáticas.

Los examinadores le dieron «Bueno».

Preguntado qué era ángulo obtuso miró á un cortesano y dijo ¡eso!

(Escribo «cortesano» porque el aludido era natural de esta corte no por otra cosa.)

También le preguntaron por el valor de la hipotenusa.

Y él, imaginando que le preguntaban por el valor de cierta nación americana, se acordó de nuestros soldaditos y respondió:

¡Tienen mucho más valor los catetos!  
Bien por mi hermanito.

Le doy mi parábola por su nota de Bueno. ¡Ahora solo falta que nos lo hagan!

GEDEÓN MORENO

¡Señores, cuidado que es malo y aun cuando el género... su-

El señor Joaquín! le aplanden cuatro boliches, (cio

Se obra queno hace á la gente llorar ni reír. y aunque hay quien admira á

Un libro mas cursi no ha ha- (Arniches

ni le hay, ni le habrá; y se entusiasma con Lucio, don Vital, mucho me temo,

¡muy mal, Julianito Romea, que por huir de ese extremo, va usté á dar la gran caída;

pero muy *romal!* La música de Caballero porque esa pieza aplaudida ya entra en el género memo.

también es *peor:* maestro, siguiendo á Romea Ya toma la gente artera perderéis la voz. el *peño*, con escalera

Porque ese Joaquín que habeis lo mismo á negros que á blan-

de fijo da menos *parné* (cos:

que el que ha de sacar su to- se lo ha tomado á Aguilera!

López Puigcerver. (cayo

Vital Aza se dió traza En Parish se han estrenado

por fin de *perder la baza* (1) *Los hijos del batallón;*

no logrando el *exitazo* el libro gustó y la música á muchos también gustó,

de costumbre. ¡Qué bromazo, mas señoras ¡qué culebra

qué bromazo, Vital Aza! la que ha movido Muñoz,

La *marquesita* es *hóhita;* declarando á Chapí genio,

pues no hay en *La marquesita* pero *machismo mayor* que Meyerbeer y que Wagner,

cosa alguna que *destaque.* que Rossini y que Berlioz!

¡Pobre Aza! ¡Ya necesita Vuelva ustéen sí, don Eduar-

los auxilios de la claque! (do.

Mientras *sombreros de copa* ¡*Laa-gár-tol!* ¡Bah! Ya volví.

hizo, marchó viento en popa, Mire, Muñoz, Chapí es genio

mas si empieza á construir como es joven la Tabau,

ó gorros para la tropa como es Casañas tenor,

ó gorritos de dormir, como son puros los de

muchos diran como yo: perro grande, *del cajón...*

La *combina* ya falló, en suna, que aunque no es

noble amigo, hay que buscar (genio

otra para reemplazar es amigo de Muñoz,

la que el público agotó. pero entonces ¡qué... lagartol

El público no es ya un rucio también será genio yo.

¡EL PAPEL VALE MAS!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

¿Cómo? ¿No conocen ustedes á D. Narciso Sentenach, arqueólogo eminente, luminoso crítico de artes y, por añadidura, grande amigo de GEDRÓN?

Pues ahora le van ustedes á conocer y hasta van ustedes á tener la *obligancia* (como dirá el sucesor de *Monte Cristo* en los *Ecos de Sociedad* de *El Imparcial*; es decir, el Sr. L. de M., que viene *pegando*) de gastarse cinco pesetas en un libro que D. Narciso ha publicado y que se titula *Ensayo sobre la América precolombina...* así, en seco.

No vayan ustedes á creer que se trata de la obra vulgar de cualquier americanista de *Congreso*, ni que D. Narciso es un Alonso de Beraza, ni un Becerro de Bengoa. No; en esa obra se trata de las siguientes amenísimas materias: *Antropología y Etnografía, Religión, Instituciones, Lingüística, Literatura, Epigrafía, Bellas Artes, Industrias, Conclusión, Adiciones.*

¿Hay algo menos vulgar que una obra que después de la *Conclusión...* todavía sigue?

Además el libro está ilustrado con monos, verdaderos monos de los primitivos artistas americanos, *autecas, chichimecas*, etc., etc. Algunos de ellos tienen tan fuerte olor á *indio puro* que parecen esas obras modernistas que hacen ahora los dibujantes prerrafaelicos... de café con media.

Hablando formalmente: el Sr. Sentenach ha hecho estudios muy profundos y originales en las ciencias de los doctores Wiener, Seler, Bobalius y Rada y Delgado. Y, la verdad, en vista de los disgustos que la América postcolombina está dándonos, más vale que miremos á la precolombina, porque entre los *chichimecas* y Giberga ó Govin, la elección no es dudosa.

En fin, el doctor Sentenach es el Bobalius español.

(1) Tratándose de Vital—un ripio no viene mal—

.... y armas al hombro

¿Yá?  
«Carece en absoluto de fundamento—según *La Epoca*—el rumor de haber surgido desavenencias entre los Sres. Silvela y Pidal.»

Está muy reciente la boda para que ya se piense en el divorcio.

Este, si acaso, podrá plantearse después de las elecciones.

Porque hasta entonces no habrá palos en el matrimonio.

Dice un periódico:

«Con el Sr. Gamazo han salido para la provincia de Córdoba los Sres. Maura, Sánchez Guerra y otros amigos de los citados exministros.»

¿Otra vez de caza? Ojo, D. Práxedes.

Ya ve usted que los gamacistas están siempre en el disparadero.

Todo el mundo conviene en que las autoridades de la Habana y los marinos españoles se portaron como héroes la noche del estallido del *Maine*.

Y dice un despacho de allá:

«Cree el comandante del *Maine* que unos y otros serán recompensados por el gobierno de los Estados Unidos.»

Eso creo yo también. Lo que es cruces no han de faltar por ese lado.

Dice un cronista del Carnaval:

«Aunque no hay dinero la gente demuestra que lo tiene. Así se explica el gasto hecho hoy por el pueblo de Madrid en confetti, serpentinas y demás menudencias propias de la fiesta de Momo.»

¡A perra chica el paquete! ¡La lluvia de mil colores! ¡A perra chica el paquete!

Señores ¿quién por una perra chica deja de parecer millonario?

En las máscaras:

«La política ha estado hoy completamente encalmada, y como era natural, los políticos han aprovechado el día para gozar de la hermosa temperatura con que nos regala Febrero.»

Es verdad. En Recoletos no se veían más que coches galoneados.

Pero todos iban ocupados por señoras.

¡A no ser que los ministros nos parecieran señoras estos días!

Otro que viaja:

«El subsecretario de Gobernación, Sr. Merino salió anoche para León, de donde regresará el miércoles.»

Vamos, ya. Como el señor subsecretario debe de estar abrumado por los candidatos, quiere asustarles cuando vuelva, diciéndoles:

—¡Vengo de León!

Muy propio viene el Sr. Merino para estar á la puerta del Congreso.

Empieza la cuaresma.

«El Consejo de ministros no se reunirá hasta el viernes, porque no hay asuntos urgentes de que tratar.»

Ya lo sabe todo fiel cristiano. Programa para el viernes:

Comida de vigilia. Y Consejo de ministros. Dos mortificaciones. Y la que salga.

Las autoridades de la Habana en uso de su indiscutible derecho mantienen la mayor vigilancia alrededor de los restos del *Maine*.

Así se hace. Mucho ojo con las aguas españolas.

Y con los peces norteamericanos.

Más viajes:

«El director general de la Deuda, Sr. García Monfort, ha salido para Valencia.»

En cuanto se haga público que ese señor ha tomado la Dirección... de Valencia ¡no va á ser gente la que pregunte si ha quedado vacante la otra!

Leo:

«El señor ministro de la Gobernación ha pasado la tarde encerrado en su despacho.»

Pero entendámonos. ¿Encerrado por dentro ó encerrado por fuera?

Cuantos periódicos se han ocupado de la batalla de flores elogian al señor Aguilera, que estuvo manteniendo el orden toda la tarde.

Mucho nos complace disfrutar al propio tiempo de un orden y de un gobernador tan bien mantenidos.

Leo en un periódico:

«Mañana empezara en la Habana la información relativa al *Maine*»

Los buzos norteamericanos podrán dar á su Gobierno noticias del ejército español.

Porque España casi tiene tantos soldados en tierra como en el fondo del mar.

# EN LA BATALLA DE FLORES



**Carroza de los cuneros**  
(Protegida por el Gobierno)



**Carroza del Blanco y el Negro**  
(Protegida por el Gobierno)



**Carroza del pucherazo**  
(Protegida por el Gobierno)



**Carroza de Gedeón**  
(Prohibida por el Gobierno)

## ¿TE CONOZCO?

(GEDEÓN EN CARNAVAL)

¡Te conozco, Sagasta, eres el mismo de siempre! para que ni siquiera tuvieses que trabajar en enmascararte, la sabia Naturaleza te dió una careta por cara. Así llevas años y años dándonos la coba, sin sofocarte, sin que se te despinte el colorote, sin que se te altere la sonrisa... Una porción de majaderos sacado por ahí caretas que quieren parecerse á la tuya. Es inútil: tu careta es la legítima la única, la inalterable, y con ser así no daría Serra ni nadie dos cuartos por ella. Eres el mascarón de proa de la tan acreditada nave del Estado.

Te conozco, Segis, te conozco, aunque intentes ocultarte en las alas de gasa azul del carro *La perla del Turia*. También va siendo *anciana* la broma, compadre Segis, esa guasita que nos diste, nos das y nos darás con la ola de tarlatana azul, como la que ponen los confiteros sobre los dulces para que no *abusen* las moscas. ¡Los dulces y los amargos que habrás tapado con tu ola de gasa! Dulces con licor amílico dentro, dulces de mora, dulces-fosforitos, *gibergas* confitadas, autonomías en compota, y á veces, no dulces sino agrios, patriotismos en vinagre, etc., etc. La gasa azul de la ola va poniéndose vieja y las moscas, que son los únicos representantes del patriotismo en España, pasan al través de ella y se... *espontanear* en tus dulces y en tus agrios.

También á tí, aunque parezca mentira, también á tí, gallo de Morón, digo de Antequera, te conozco, por más que vienes pergeñado con el centésimo disfraz de tu vida. Ya agotaste y aún diste dos vueltas á todo el guardarropa y no hay careta que no te haya servido, ni narices que no te hayas probado. Sólo has conservado sin mudanza alguna tus famosos dientes, los dientes legendarios, alivio de ca-

ricaturistas. Parecen teclas de piano; pero ya está visto que *tus teclas* no hay quien quiera tocarlas.

Te conozco, Silvela, te conozco: de nada te sirve disfrazar la figura, como de nada te ha servido disfrazar la intención, según has hecho toda tu vida. ¡Hay algo menos carnavalesco, más cuaresmal, seco y amojamado por dentro y por fuera que tú! Tienes una sonrisa que causa escalofríos, dices unos chistes que hacen sollozar al auditorio: todo en derredor tuyo es macabro, espeluznante, lúgubre. Por eso para encontrar tu media naranja has necesitado que alguien la derribase del árbol á tiros; por eso no tienes comparasa carnavalesca ó digase partido político de los que divierten á la muchedumbre. Tu comparasa es la *Danza de la Muerte*.

Te conozco, Pi y Margall, te conozco, aunque te disfraces de patriota, como *in illo tempore*, y ya necesito vista, porque, en verdad, no te conoces casi nadie y los que te conocen, no te hacen caso. Eres el de antes, el mascarón filibustero, que quiere, como antes quiso, desmenuzar á España en pedacitos como *confetti* y cortarla en tiras como serpentina.

También te conozco á tí, Mella; eres el Segis del carlismo, un Segis que ha llegado tarde, como ese *clown* que hay en todos los circos ecuestres. Cuando quieres ansillar el caballo, ya está el jinete encima: cuando quieres hacer saltar á la *scuyere* ya ha saltado, dejándote con la boca abierta.

¡Vámonos, Calínez de mi alma! ¡Lo ves? Ya los hemos conocido á todos y nos hemos puestos tristes, tristísimos como la carátula del general Weyler...

## CONCURSO ZOOLOGICO

El conde de Romanones hizo alarde de fino ingenio y de exquisita prudencia al fijar para el martes de Carnaval un concurso de máscaras y disfraces de animales.

De fino ingenio porque de esa manera averiguaba la autoridad municipal el número y calidad de personas dispuestas á hacer el animal un día dado.

De exquisita prudencia, porque siendo el temor á la lluvia la única preocupación del señor conde en los días anteriores y fronteros al Carnaval (no era admirable previsión tener organizada, contra el diluvio posible, una completísima *area de Noé*?)

Gedeón pensó secundar los planes del alcalde, proporcionando los animales antedichos que presidieran el concurso de máscaras zoológicas.

Pero digamos con Segismundo el de *Gamazo es queso*:

—Vive Dios que no pudo ser!  
Nuestros cerdos vivos fueron prohibidos por la autoridad, mientras se toleraba algo mucho más ofensivo, grave y hasta trágico en las circunstancias presentes:

El anuncio de una casa de aerostáticos, ofreciendo al público «los cerdos que vuelan».

Mas ya que no cerdos vivos ni cerdos volantes, hemos tenido al gusto de admirar en la tarde del martes una porción de disfraces originales y caprichosos, todos en conformidad con el desso del alcalde, según puede verse por la siguiente lista:

- Sagasta.—De perro flaco.
- Elduayen.—De onza.
- Gamazo.—De cusc.
- Pidal.—De castor.
- Silvela.—De Pollux.
- Gullón.—De oso (¡ojalá osara!)
- Romero.—De dromedario cruzando el desierto.
- Weyler.—De camello con el mismo itinerario.
- Aguilera.—De gato con guantes (de los que se cazan ratas).
- Moret.—De ardilla.
- Cestelar.—De cigüeña.
- Groizard.—De lirón.
- Woodford.—De pájaro de mal agüero.